



REDACCION Y ADMINISTRACION:  
O'Reilly 54, entre Habana y Compostela.

## SEMANARIO SATÍRICO.

DIBUJANTE CARICATURISTA:  
Victor P. de Landaluze (D. Junípero.)

Año II.

PRECIOS DE SUSCRICION EN LA HABANA  
Un mes.....\$ 1,, Un año.....\$ 10,,  
Seis meses.....\$ 5-25 Núm. suelto....., 25

Habana 9 de Julio de 1871.

PRECIOS DE SUSCRICION EN EL INTERIOR  
Tres meses.....\$ 3-75 Un año.....\$ 12-75  
Seis meses.....\$ 7,, Núm. suelto....., 30

Núm. 36

### SUMARIO.

**Texto.**—Menestra semana.— por Juan Palomo.—La gran desazon, por Juan Lanas.—Boceto á la pluma del canónigo Manterola, por Juan Cnalquiera.—Cuentos de manigua: Las dos barajas (continuacion), por Juan Sin-Tierra.—Epístolas á JUAN PALOMO: de Nueva York, por John Bull; de Puerto Rico, por Juanito.—Murmuraciones, por Juan de Austria.—Federico Cavada y Juan Osorio, por Juan Diente.—Sartenazos.—Boletín Bibliográfico.

**Caricaturas,** por D. Junípero.—Retratos de Federico Cavada y Juan Bautista Osorio, por Cisneros.

### MENESTRA SEMANAL.

Esta sí que era toda una señora mision!

Cinco individuos, dos de ellos de lo más granadito, son capaces de despachar los asuntos, no digo yo de una república, de república y media como Cubita Libre.

Eran cinco; aunque no les tocase más que á un asunto por barba, suman cinco asuntos; siguiendo el axioma de aquel reputadísimo matemático que contaba: tantos borregos á duro, tantos duros.

Me refiero (no al hablar de los borregos sino de la mision) al viaje emprendido por Cavada, Osorio y sus tres compañeros anónimos.

Con que hemos convenido en que todo el que salga de la república *sui generis*, ya sea general ó soldado, diplomático ó mula de alquiler, varon ó hembra, ó las dos cosas á un tiempo, lleva una mision importantísima del Presidente para los refugiados de Nueva York?

Con una mision de muchas campanillas fué Quesada al Norte. ¡Si sería gorda, que todavía no ha podido acabarla!

No menos pistonuda fué la de Jordan.

Y la de Ryan.

Y no digo á usted nada de la de Peralta.

Y de la de Loinaz.

Y un día, rascándose la barriga el Poder Ejecutivo, conoció que tenía que confiar una mision con muchos perendengues, y mandó á su mujer.

Se presentó otro negocio morrocotudo, y dijo Bembeta:—Señores, yo voy á ir en persona: se trata nada menos que de salvar mi pellejo; la mision es delicada, y si no la desempeño por mí mismo, temo que hagan alguna barbaridad: me marchó á despachar ese negocio, que nadie ha de hacer tan bien como yo.

Y salió en comision importante del servicio.... de su pellejo.

Cavada y Osorio habian salido tambien no menos ocupados que los anteriores.

Cavada, el general que más ha brillado (por sus incendios) iba á comprar fósforos, yesca y aguarrás para proseguir su libertadora empresa.

Osorio tenía que comprarse un bordado para la gorra de gran almirante de todas las escuadras reunidas de Cubita Libre.

¡Ah, estoy rendido!

Se fatiga la imaginacion sólo con que trate de abarcar la inmensa extension que abraza el mando de ese funcionario.

Tiene vapores.... en los cerebros de todo partidario de la causa, que abusan del aguardiente.

Lanchas en los piés de doña Emilia. Las calza por zapatos.

Fragatas de tres puentes, en la Liga de señoras cubanas.

Un monitor en la barriga de Bramosio.

Botes de... pomada, en el tocador de Carlos del Castillo, niña mimada de los laborantes de punta.

¿Es esto escuadra ó no es escuadra?

Me río yo!

Cavada y Osorio tenían, en efecto, una mision muy justa que cumplir.

Tenian una deuda muy sagrada con la vindicta pública.

Debian dar cuentas á los tribunales de una vida llena de crímenes.

El incendiario de dos ricas comarcas y el pirata del Comanditario, era preciso que cumpliesen una mision; pero mision expiatoria.

Ya la han llevado á cabo.

Están en paz con la sociedad que ultrajaron.

No pueden decir lo mismo Bembeta y otros misioneros. Nunca se vé el fin de sus comisiones.

Aunque el fin está muy patente.

Aldama paga, ellos comen, los tontos confían y *tutti contenti*.

No puedo apartar de mi memoria el recuerdo de cierto viaje que hizo el vapor *Missouri*.

Tomó en Nueva York un cargamento de lo más primoroso que darse puede. Llegó á la Habana, donde lo aguardábamos con mucha impaciencia.

Fondeó en el puerto, y nos miramos unos á otros con asombro.

¡Ya está ahí! dijimos.

Pasaron las horas, que es el papel moneda que pasa más fácilmente sin descuento alguno, y el vapor se puso de nuevo en movimiento, sin dejar en tierra toda la carga; nó, señor.

Yo lo ví salir por la boca del Morro echando humo por la chimenea, levantando espumarajos su hélice y con un punto morado sobre cubierta, que atraía las miradas de todos.

¡Ya se fué! dijimos; y nos volvimos á mirar con asombro.

Desde entonces, no he vuelto á saber nada más del vapor *Missouri* ni de su carga.

Pero llega el último correo de España, y al abrir un periódico, leo: *Pido la palabra*.

¡Zapateta! dije entre mí, aquí vino á encallar el vapor *Missouri*.

He dicho mal: no podía ser *en-callar* si pedia la palabra: por fuerza tenía que ser *en-hablar*.

Y habló.

He leído un discurso con una argumentacion tan difusa como ininteligible, y del cual dice un periódico, que está medio en castellano y medio en húngaro.

¡Cosas de los periódicos!

El discurso se refiere á la falta de cierto juramento y á una cuestion de pícaros maravedises.

Pero lo mejor de la oracion es su final. Voy á copiarlo aquí, porque merece ser conocido de todo el mundo, y quedar grabado *per omnia secula* en la imaginacion de todas las personas sensibles y no sensibles, gordas y no gordas, flacas y no flacas.

Decia un respetable senador, de los que se visiten por la cabeza, y que todos conocemos:

“Desgraciado el pueblo que esté instruido, porque entonces no será pueblo.”

¿Pues qué será?

Ya lo saben ustedes: suprimamos los colegios, las escuelas, los libros, los periódicos, los silabarios, las letras, todo; porque si nó, vamos á dejar de ser pueblo.

¡Ay, y entonces se acabó el pretexto para que algunos senadores, que viajan de incógnito y con ida y vuelta, todo en un pedazo, cobren su correspondiente paguita!

Comprendo que un viaje tan redondo en vapor, revuelva la bilis y cause mucho mareo.

Sí, señor; no hay cabeza que resista ese mareo.

Qué satisfechos deben quedar los redactores de *La Revolucion* después de figurarse que han aducido un argumento en contra de los españoles!

Me parece que los estoy viendo, limpiándose el sudor y dándose aires de importancia.

La importancia no pueden ellos tenerla más que como abanico; para darse aire.

Con el fin de aplastarnos, sin duda, nos presenta *La Revolucion* como ejemplo, la conducta del gobierno de los Estados Unidos con Jefferson Davis. Se pasea libremente, dice, y acaba de pronunciar discursos en que vuelve cariñosamente los ojos á la causa que defendió.

¿Solicita *La Revolucion* una cosa igual para su adorado Céspedes?

Jefferson Davis hizo cesar la lucha en el momento mismo que vió que no tenía esperanzas de triunfo, y ejércitos que hubieran podido sostenerse mucho tiempo, se entregaron instantáneamente al vencedor, librando al país de una completa ruina.

Cárlos Manuel y sus adoradores saben que nada pueden esperar, ven escaparse uno á uno ó cinco á cinco á sus generales, contemplan á su gente sin armas y sin ropa, y no obstante, prolongan la rebelion, sólo por satisfacer sus instintos sanguinarios y en odio al país que se propusieron libertar.



*La Revolución* tiene la pícara suerte de que se le vuelvan en contra los cuasi argumentos que emplea.

Hasta ahora los trabajos de *La Internacional* me habían causado mucho asombro y no poca lástima, por los ilusos que se dejan llevar de ideas tan extraviadas; pero, ¡carape! desde hoy me producen espanto.

*La Internacional* ha invadido á una clase muy importantísima y que ejerce una influencia poderosa en la conservación de nuestro individuo: á la clase de respetabilísimos boticarios. Peor que eso; á los aprendices de boticarios.

Reunidos en club secreto los estudiantes de farmacia de la Universidad de Madrid, decretaron, en uso de su afición á la holgazanería y jurándolo sobre la cruz de un puñal albaceteño; el exterminio de todo catedrático examinador que no aprobase en las pruebas de fin de curso á las susodichas lumbreras farmacéuticas.

Todos los amenazados han recibido anónimos conminatorios, participándoles tan terrible determinación.

¡Me escamo!

Señores, la vida de un hombre vale mucho; quizá llegue á valer el dar título de boticario á medio género humano; pero comprenden ustedes todas las consecuencias que podría traer el que por salvar el pellejo los profesores, aprobasen *némine discrepante* á esos apreciables muchachos?

Gracias al influjo de *La Internacional*, serían tan boticarios como el que más; pero, ¡zapateta! el público doliente pagaría el pato.

Estaba uno expuesto á que en vez de magnesia le dieran extrínquina, y un tiro de revólver en lugar de emplasto de ranas.

*La Internacional* al aire libre me asombra, pero encerrada en los tarros de una botica, me espanta.

Si mi voz llegase hasta los profesores madrileños, les diría:

Simpáticos y apreciables catedráticos, déjen-se ustedes matar, porque con su muerte salvan á la humanidad. Déjen-se ustedes matar antes que hacer boticarios de pacotilla, y será gloriosa su muerte. Yo me encargo de llevar á sus sepulcros flores cordiales y de regar el lugar de su eterno descanso con jarabe de archicorias y extracto pectoral de médula de vaca!

JUAN PALOMO.

#### LA GRAN DESAZON.

Póngase á la cabeza de la expedición á Miguel Aldama, J. M. Mestre, J. A. Echevarría y —José de Armas y Céspedes.

Los prohombres de la emigración dormían tranquilos, si dormir tranquilo puede el que de chaleco adentro tiene metida una cosa, que vista por detrás parece miedo, vista por delante *jindama*, por el lado derecho *canguelo*, y por el izquierdo temor.

Dormían tranquilos, esperando que llegase el momento de que la *pátria*, acercándose de puntillas á su lecho, les llevase el pago de sus afanes... y de más *sinvelgüensérias*.

La *pátria* para los cuberos es una especie de ama de cría, de la que todos quieren chupar.

Creen los defensores *inéditos* de la independencia, que han hecho cuanto cabe en lo posible para favorecer á los montaraces libertadores: han procurado mandarles armas, calzoncillos, calcetines, cartas muy extensas y muy *pistonudas*, buenos consejos y... expresiones para la familia. Pero ni por las mientes les ha pasado que hubiese otro medio de auxiliarles; el de ir todos en caravana al campo insurrecto, cada cual con su correspondiente fusil; su corazón bueno ó de *doublé*, metido en el escarapate de los corazones, y sobre todo, con el propósito de batirse, porque para hacer lo que el Zeñó Carlos Manuel, no valía la pena de emprender la caminata.

Nó, señor, no se les había ocurrido; y eso prueba que las cosas más sencillas son las que á veces están más lejos de la imaginación del hombre: —si la voz hombre es tan lata, que quepan dentro de ella, pongo por caso, los emigrados cuberos.

Pero á guisa de trompeta del juicio sonaron fatídicamente en sus *orejas* unas terribles palabras: esas que parece que van colgadas del título de este artículo.

¡Cuidado que son todas unas señoras palabras! Hacén el efecto de las palabras de los malos pagadores.

Aldama se pegó un puñetazo en la frente; Echevarría se rascó la oreja derecha; Mestre estiró el pescuezo, y Bramosio tocó diana con la punta de los dedos en su barriga.

Y Aldama buscó á Echevarría, y Echevarría á Mestre, y Mestre á Aldama y Echevarría. Se buscaron los tres y se encontraron.

—¿Usted ha visto lo que dice ese condenado de Pepe de Armas?

—Calle usted, hombre, si estoy tragando más saliva!...

—Lo que á mí me extraña es que le hayan que dado fuerzas para resollar después del magnífico folleto que escribí yo y firmó Cisneros.

—Perdone usted, amigo, el folleto lo escribí yo.

—Nó, señor, que fui yo.

—Por eso no paso, señor Aldama: usted lo que hizo fué dar el dinero para la impresión, pero no escribirlo.

—Yo creí que era lo mismo.

—Pues no hay tal cosa; una cosa es escribir y otra dar dinero.

—Dispensen ustedes, caballeros; como voy perdiendo la vista, confundo las cosas, y creí que pagando los gastos, era yo el redactor.

—¿Y qué se propone el tal Armitas?

—Nada de particular; que se forme una lista, á cuya cabeza figurémos los tres, para ir todos á Cuba.

—Pero ese hombre se ha figurado que soy yo ro pa súcia que se dá á la lavandera, para ponerme en lista. ¡No he visto descaro semejante!

—Eso digo yo; sólo que como voy perdiendo la vista, no acababa de comprender si era descaro ó nó; pero cuando usted lo dice... —Y qué hacemos?

—Yo no sé: el golpe es certero.

—A usted, qué le parece, Aldama?

—Hombre, como tengo yo poca vista, la verdad es que no me ocurre qué decir.

—No diga usted eso, porque estoy siempre dispuesto á pagar lo que sea necesario.

—Todo el mundo se enterará del reto de Armas, porque es un reto, y si no lo aceptamos, figúrese usted!...

—Vamos á dar que decir á las gentes. Digo, y estando aquí Bembeta! el primer héroe, el valiente entre los valientes!

—¡Oh, sí, es muy valiente! Ayer me pidió tres onzas, vea usted si será valiente!

—Y usted se las dió?

—Claro está.

—Pues entonces es usted más valiente que él.

—Eso decía yo; pero como voy viendo poco...

—Señores, no apartarse de la cuestión; ¿qué hacemos? ¿vamos á la manigua?

—Diga usted, compañero, por quién me ha tomado usted?

—Ya he dicho que no soy ropa súcia para que me pongan en lista. ¡No faltaba más!

—Pero si no vamos, es preciso decir algo para disculparnos.

—Hombre; la verdad es que yo voy perdiendo la vista del todo, así es que no me ocurre qué pretexto he de dar.

—Yo diré que estoy ocupado.

—Yo también: estoy ocupadísimo, porque tengo que pegarle á mi mujer.

—Díganme ustedes; si por allá le ocurre á uno cualquiera avería, como que le peguen un balazo ó dos, es cosa que se puede arreglar con dinero? porque, francamente, como veo poco, no estoy muy al corriente de esas cosas.

—Hombre, yo no sé si usted podría arreglarse; pero si nos dejara usted depositario de sus caudales,—eh?—y por allá le pegaran á usted un balazo, lo que toca á nosotros, nos arreglábamos. Eh?

—Ahí tiene usted lo que es ver poco! yo no había caído en eso.

—De manera que convenimos en eso; en contestar que estamos ocupadísimos?

—Justo: y si Armas quiere, que se ponga en lista y que vaya él.

—Por supuesto, que yo estoy muy sereno.

—Y yo más.

—Yo veo poco, pero me parece que estoy sereno. ¿Qué dicen ustedes, estoy sereno? Yo pagaré lo que sea justo... Ya saben ustedes que me piro por servir á la patria.

—Pues, adios, valientes ciudadanos.

—*Aux armes, citoyens.*

Y entre tanto, el eco repite sin cesar:

—Habeis llevado la *gran desazon*, la GRAAAAAAN DESAZON!!!

JUAN LANAS.

#### BOCETOS A LA PLUMA.

##### EL CANONIGO MANTEROLA.

¡Qué fortuna tan grande es haber nacido carlista!

El sér que logra tan recomendable privilegio, crece cuando niño entre los cuidados de los papás, los azotes del maestro y los tirones de narices del cura de la parroquia. Ya más grandecito, lleva los recados que se cruzan entre los prohombres del partido y ayuda á beberse el vino que había de servir para la consagración en la misa. Una vez hombre hecho y derecho, ó sea carlista completo y de recibo, conspira, hace trabajos de zapa, coge un fusil, trisca por el campo, vuelve á su casa y empieza de nuevo á conspirar y limpiar el trabuco.

La recompensa de tantos afanes, de tantos sustos, de tantas palizas, es lograr que un día digan los periódicos: "el *inédito* monarca, ó lo que sea, Carlos VII pasea diariamente por las calles de Burdeos con el consecuente carlista don Fulano de Tal."

Ese alto honor lo ha obtenido don Vicente Manterola; pero no así como quiera, sino adicionado con el no menos insigne de recibir con mucha frecuencia en su casa la visita del rey, *en incubación*, y de rellenarle el cuerpo de consejos.

El inexperto joven Carlos, más bien que consejos, necesita pesetas y sentido común; pero en fin, el que dá lo que tiene, no está obligado á más.

Y eso está pasando ahora, en estos mismos instantes. La noticia de aquellos paseos, de aquellas visitas y de aquellos consejos corren, todavía frescas, de periódico en periódico; por lo tanto, véase si es ó nó oportuno hacer el *boceto* del Menton del Niño Terso; del ama de cría que provee de alimento moral, todos los días, al que si no llega á ser nuestro rey, no será ciertamente por falta de ganas y otros excesos.

En honor de la verdad, Manterola no es de los carlistas retonzones. No ha conspirado nunca (pensando piadosamente) no se ha pronunciado jamás, no conoce el manejo del fusil, ni siquiera sabe la carga en once veces, que como perteneciente á la táctica añeja, debe ser muy del gusto de los hombres que profesan ideas trasnochadas.

Entregado durante su vida á la enseñanza, á la práctica de sus deberes religiosos y á la venta de bulas [y no de bolas], no ha sonado jamás su nombre en política hasta que en las Cortes Constituyentes se oyó por primera vez. Y aún allí, dijo que iba exclusivamente á defender el catolicismo y la unidad religiosa, sin mezclarse para nada en las cuestiones de partido. —Y cumplió su propósito, sin que nadie tuviera que echarle en cara una inconsecuencia; pero ya se le veía de venir.

¡Valor se necesita!

Cuando el país estaba conmovido por una revolución tan radical como la de Setiembre; cuando aún llenaba el espacio el clamor de los pueblos pidiendo la libertad de cultos, que todas las juntas revolucionarias habían decretado; cuando se levantaban por todas partes terribles acusaciones contra la clerecía, por culpas que no me he de meter ahora en averiguar si ha cometido ó nó, era preciso mucho valor para desafiar el torrente de la opinión pública, para oponerse á la corriente de las ideas.

Manterola ha demostrado ese valor, que pocos han tenido. Y lo ha demostrado más aún, colocándose por su propia voluntad en las situaciones más difíciles; buscando siempre la lucha con un atleta de la palabra, Emilio Castelar, que con su elocuencia ha arrollado no pocas veces al joven sacerdote, lo ha *revolucionado*, si me es permitida esta expresión, no muy culta, si se quiere.

No le ha faltado serenidad y aplomo á Manterola, y ha vuelto de nuevo al combate con armas templadas en la escuela neo-católica.

Pero vamos por partes. Usted, amable público, no conoce aún el original del boceto que estoy trazando, ni sabe cuántos años tiene, ni de dónde es, ni el delito que ha cometido, y á eso voy, si Dios me dá salud, vida, tintero, pluma y papel.

En uno de esos pueblos que parecen destinados á resumir la historia de las comarcas que los rodean; en una ciudad que durante la guerra de la Independencia fué casi arrasada por las tropas inglesas, sufriendo las consecuencias del asalto, y que en la guerra civil volvió á ser sitiada por una división del ejército liberal; en San Sebastian de Guipúzcoa, nació don Vicente Manterola el 22 de Junio de 1833.

Tiene, por consiguiente, 38 años.

Fueron sus padres don José Manterola y doña Juana Perez.

Apénas tenía 10 años de edad, cuando empezó su educación literaria, y desde 1843 á 1846 estudió tres cursos de latín y uno de idioma francés.



En el mismo año de 1846 ingresó en el Seminario de Pamplona, emprendiendo los estudios eclesiásticos.

Aún estaba en el quinto año de Teología, cuando obtuvo, previo exámen, uno de los beneficios de la iglesia parroquial de Irun, y antes de cumplir la edad canónica le fué otorgada la autorización para predicar y confesar.

No bien recibió el grado de doctor en el Seminario de Salamanca, ocupó una cátedra como profesor en el de Pamplona [1858] pasando luego después con el mismo cargo al instituto de San Sebastian.

En medio de los deberes que le imponía la enseñanza, se dedicaba con afán a la cátedra del Espíritu-Santo; de tal modo, que una vez que fué a Irun, como misionero, estuvo por espacio de algún tiempo predicando dos veces al día.

El 16 de Octubre de 1861 principió a desempeñar el cargo de secretario de don Antolin Monescillo, obispo de Calahorra, y en este puesto se dió a conocer como escritor. Publicó un folleto replicando al periódico republicano *El Pueblo*, que había atacado una pastoral de aquel prelado.

Por oposicion obtuvo la prebenda magistral de Vitoria, de cuyo carácter se encontraba investido al tomar asiento en las Cortes.

En 1866 fundó en Vitoria una revista titulada *El Semanario Católico*, en la cual escribió mucho sobre el celibato eclesiástico.

¿Qué cuco, eh?

En Madrid se hallaba Manterola cuando el 4 de Enero de 1869, el comité electoral carlista de Guipúzcoa le designó como candidato para las Constituyentes.

El 12 de Abril del mismo año discutiase en el Congreso la totalidad del proyecto de Constitución. Sabíase de antemano que Manterola iba a hablar en contra. Manterola entró en es Congreso precedido de una gran reputación de orador sagrado. Los escaños del salón estaban llenos, cuajadas las tribunas. Manterola empezó su discurso con las siguientes palabras:

“Señores diputados: se ha dicho que estamos en el caos; yo no lo creo; no soy pesimista: estamos próximamente abocados al caos, y ¡qué se yo! Tal vez sea temible que el proyecto de Constitución que discutimos sea el plano inclinado que nos facilite el descenso al caos, y que algunos de los discursos que se han pronunciado en esta Cámara combatiendo ese mismo proyecto, sean la potente palanca que con horrible pujanza nos precipite en los abismos.”

Aludía a Castelar, a quien desde los primeros momentos trató de asestar sus dardos.

El lenguaje de Manterola es correcto, pero su entonación no es propia del parlamento. La adquirió en el púlpito y al púlpito tira.

Durante la última insurrección carlista, contaron los periódicos que se había visto a Manterola por las provincias del norte, disfrazado y con bigote y perilla.

No se ha probado plenamente si esto fué cierto, pero la verdad es que ha emigrado voluntariamente de España, y que al pisar la tierra extranjera en busca de su rey ideal, ha echado a rodar las conveniencias, declarándose con toda franqueza carlista.

Los periódicos andan todos los días moliéndole los huesos con pedirle ciertas cuentas que dicen que no ha rendido.

No me he de meter yo ahora en averiguar verdades.

Mi propósito era contar a usted, señor público, que Manterola tiene talento, a pesar de ser carlista.

¿Quién lo diría!

JUAN CUALQUIERA.

## CUENTOS DE MANIGUA.

### CUENTO CUARTO.

#### LAS DOS BARAJAS.

##### XI.

A las doce de la mañana, tenía que estar en el cuartel, llamado por las exigencias del servicio, inexorable como la muerte, exacto como el correo, porque siempre es a hora fija; y al ver en el reloj que faltaban pocos minutos, eché a correr, sin cuidarme de las gruesas gotas de sudor que me caían de la frente, consecuencia natural de la elevada temperatura que marcaba el termómetro: siguiendo mi costumbre y el itinerario de todos los días, lleváronme las piernas a la calle del Comercio; pero al llegar a las últimas tiendas, me detuve, recordando que iba a poner el pie en la Plaza de la Soledad, y que, según el pacto que había formado con la tuerca, ya aquella no debía servirme de paso para ninguno de los puntos de la ciudad. ¡Y aquí fué mi apuro! Para ir al cuartel por otro sitio, tenía que dar un gran rodeo, y el imposible minuto del reloj se acercaba a las doce con su punta acerada.

Vací un segundo, y la fortuna, que protege a los amantes, me depaó un desvencijado vehículo pesetero, donde entré de

un salto, amenazando al caletero con rajarlo de arriba a bajo si no me llevaba a escape al cuartel. Asustado el negro, descargó la cuarta sobre los afilados lomos del fantástico espíritu que montaba, y haciendo el pobre animal esfuerzos que parecían haber de ser los últimos de su vida, paró en su angustiosa carrera delante del cuartel en el momento que la lengua de bronce del reloj de la iglesia lanzaba al viento la duodécima campanada, avisándome elocuentemente que un minuto después me hubiese encontrado sólo, pues mi batallón estaba ya formado en el patio.

Lancé un suspiro al poner en las manos del caletero la peseta del viaje, y acompañé aquel suspiro con una maldición que fué a buscar a don Ruperto Casamayor, causa del gasto extraordinario que me veía obligado a hacer. El comandante me esperaba con las cejas arqueadas y me recibió con dos piedras, como decirse suele; pero improvisé una disculpa, y corrí a mi puesto; el capitán mandó echar armas a discreción, y salí con la tropa a hacer el ejercicio. ¡Hé aquí lo que no estaba previsto en el pacto que había firmado! El batallón iba a pasar por la Plaza de la Soledad, y como no podía abandonar mis soldados, tuve que mantenerme en mi lugar, faltando a mi palabra escrita; y entonces consagré un recuerdo doloroso a la peseta que inútilmente había gastado en el carruaje algunos minutos antes.

Todo el mundo sale a las ventanas cuando por la calle pasa tropa, y esperé que la curiosidad hiciera asomar a la familia de don Gonzalo Casamayor, proporcionándome la satisfacción de contemplar un momento a Adelina; pero mi desengaño fué triste: todas las ventanas de la vecindad se abrieron, apareciendo por entre los balaustrados preciosos muchachas, que a pesar de su hermosura y a pesar de mi afición universal, no consiguieron robarme una mirada; mis ojos devoraban la casa de mi amada, cuyas ventanas permanecieron cerradas; aunque, no sé si sería una ilusión, me pareció que por entre las tabillas de una de las persianas se vislumbraba un ojo lanzando rayos destructores; ni siquiera se presentaron los negros en el zaguan, como en las demás casas: lo cual me probó que el ama había hecho extensiva su orden a los sirvientes. ¡Aquella ya era una actitud demasiado imponente, que ponía de relieve el temple de alma de doña Casiana!

Al retirarme, entré en mi alojamiento con el cansancio natural del ejercicio, y me dejé caer en el catre, dispuesto a dar al cuerpo el descanso que tanto necesitaba; pero apenas empecé mis ojos a correr esas cortinillas que se llaman párpados, se entreabrió la puerta del cuarto, asomándose una cabeza con cierto recelo.

—¿Quién es? pregunté en voz muy alta.

—Soy yo, contestó el asistente, metiendo en la habitación medio cuerpo, y escondido el otro medio por si había algún peligro.

—¡Anda al diablo! grité, tirándole una bota con ira. ¿No quieres que descanse, bárbaro?

—¡Ay! exclamó el soldado, rascándose en el hombro izquierdo, desconchado con el tacón de la bota, y cerrando la puerta con violencia.

Incorporéme en seguida al oír un ruido extraño en el corredor, y prestando atención, llegó a mí este diálogo:

—No te lo dije, *tiznao* de los demonios!

—Mi amo, creí que no se enfadaría.

—Cuando el alférez se acuesta, no hay que llamarle aunque se prenda fuego al techo de su cuarto. ¡Por tu culpa me ha roto un hueso, y vas a pagármela!

—¡Ay, ay!....

Salté de la cama y abrí la puerta, viéndome obligado a gritar desahoradamente para que el soldado no acabara de ahogar al caletero de Adelina, vengándose del botazo que le había pegado; a mi voz, abandonó la presa, y trémulo de miedo, se cuadró militarmente.

—¿Qué es eso? ¿Quién te autoriza a maltratar a ese pobre criado?

—Se empeñó en que llamara a usted, y por su culpa....

—Ya te entiendo. Vete de aquí, y no des lugar a que envíe la segunda bota en busca de su compañera.

—¡Me voy corriendo!

Desapareció el asistente, y llamé al negro, que se estaba tocando el pescuezo para convencerse de que no se le había desconcertado con las tenazas que se lo apretaban; le supliqué que perdonara la brutalidad del soldado, y lleno de emoción, extendí la mano para recoger la carta que debía traerme; el negro, medio sonriéndose para significar su malicia, medio llorando para expresar el dolor del conato de estrangulación, metió las puntas de los dedos en su bolsillo, y me enseñó un papel, diciendo:

—¡Aquí está!

—¡Trae, José!

—¡Jé! murmuró; yo no vuelvo más, porque ese hombre tiene mano de *hierro*; al negro le duele mucho!

—No tengas cuidado; ya le castigaré por su atrevimiento.

Y poniéndole la mano derecha en el hombro, metí la izquierda en el bolsillo del negro, apoderándome del venturoso papel; y a fin de hacerle olvidar la escena con mi asistente, le

eché por dentro del cuello de la camisa un medio peso. El gesto que el etiope marcó en su fisonomía, me hizo comprender claramente que el roce de la moneda con la parte dolorida había sido más eficaz que todos los bálsamos maravillosos de la farmacopea y del empirismo, pues se irguió muy contento, manifestando tácitamente que estaba dispuesto a ir todos los días, aunque tuviera que encontrar al paso, no ya a mi nervudo asistente, sino a todos los soldados del batallón.

Dejéme caer en el catre para saborear la carta de Adelina, convencido de que había de encontrar en ella alguna recompensa a los malos ratos que me proporcionaba su amor, ofreciéndome, lo primero, ser fiel aunque se opusieran su madre y toda la familia; sin embargo, puedo asegurar a usted, amigo don Juan, que mi corazón palpitaba y que dudé algunos segundos antes de romper la neta; decidíme al fin, y leí con fruición los renglones trazados por la mujer que amaba. Aquí tiene usted la carta de Adelina, añadió el alférez introduciendo la mano derecha en el maletín que estaba a la cabecera de la cama, y sacándola de un paquete amarrado con una cinta amarilla de las que usan los tabaqueros en los mazos de brevas. Léala usted, y descansaré un momento.

Me apoderé de la carta que Pacheco me presentaba, y a media voz leí:

“¿Por qué tiembla mi voz al coger la pluma para contestar la carta que me dirigió usted y que ha dormido escondida en mi pecho, pidiendo a este que me inspirara, después de apreciar con su calor la verdad de las frases que le confiaba? ¿Por qué?... Acaso mi mano presente las desgracias que nos amenazan, anunciándome con su vacilación que somos temerarios en dejarnos llevar de una impresión que ha de ser tan combatida. Tiene usted razón, Félix: un segundo, un cambio de miradas, bastó para confundir nuestras almas, produciendo en mí una impresión que desconocía y que la carta de usted me ha explicado.

“Me arrepentiré algún día de no haber combatido esta especie de fascinación que ejerce usted sobre todo mi ser? ¡No lo quiera Dios! Si es verdad que mi correspondencia puede siquiera halagar la vanidad de un hombre, no sea usted cruel y nunca me abandone; sea cualquiera la suerte que me espere, me entrego a ciegas a un amor que a pesar de su poco tiempo de existencia, se ha arraigado, como dice usted oportunamente. Mejor que usted aprecio las barreras que entre los dos se levantan, porque las tengo más cerca; pero esté usted seguro de que no me servirán de obstáculo para dejar a mi corazón que vaya a donde lo arrastran sus impulsos. Sea usted bueno, y le amaré siempre.

“Sólo una exigencia tengo, si es permitido a una mujer enamorada exigir algo del hombre que la avasalla. Sea usted prudente, sobre todo, con mi madre, que por su carácter nos haría doblemente infelices; ella me quiere con predilección, y teniendo prudencia, trinfaremos de su indomable voluntad. Hoy me ha relegado al interior de la casa, prohibiéndome ir a la sala; pero ella cederá; y si no cede, ya buscaremos el medio de vernos, como he encontrado el medio de comunicarnos por el papel, a media noche, escribiendo en la cama, a la luz que despidie una cocuyera. El amor debe prestar recursos a las almas oprimidas, y yo estaba bajo la presión de la tiranía. ¡Valor y prudencia!

“Envío a usted más que una palabra de consuelo, más que un asomo de esperanza, más que un síntoma de amor; envío a usted dentro de este papel, el corazón de una mujer desgraciada, que vá en busca de la felicidad que ha soñado. ¡No sea usted malo! Si ha de abandonarme usted algún día, envíeme ahora el desengaño. Este me traería hoy el infortunio; mañana me traería la muerte. ¡Y ese temor es mi único tormento! —Adelina.”

—¿Sabe usted, dije al devolver al alférez la carta, que la niña tenía un temple de alma elevado, y que no me explico cómo pudo concluir una pasión que empezó por donde acaban las más fuertes?

—Pues ya se convencerá usted de lo frágiles que son los cálculos de la humanidad al querer apreciar el mérito y las circunstancias de los seres.

—Supongo, añadí, que no querrá usted hacerme leer ese protocolo epistolar que tiene en la mano, porque entonces no acabaríamos hoy la relación de su historia.

—No pretendo semejante tontería. Las cartas de amor sólo interesan a los amantes; son como las letras al portador, que no valen más que para el que las cobra. Procuraré abreviar mi relato para llegar a la época de la insurrección, que no está muy lejos; sólo debo dar a conocer a usted algunos incidentes importantes y poner de manifiesto algunos rasgos característicos de las personas que representan un papel principal, con objeto de que haga usted al cabo justicia a mi buena índole, y al mismo tiempo compadezca mi desgracia. Vamos a fumar un cigarro, y después continuaremos.

(Continuad.)

JUAN-SIN-TIERRA.



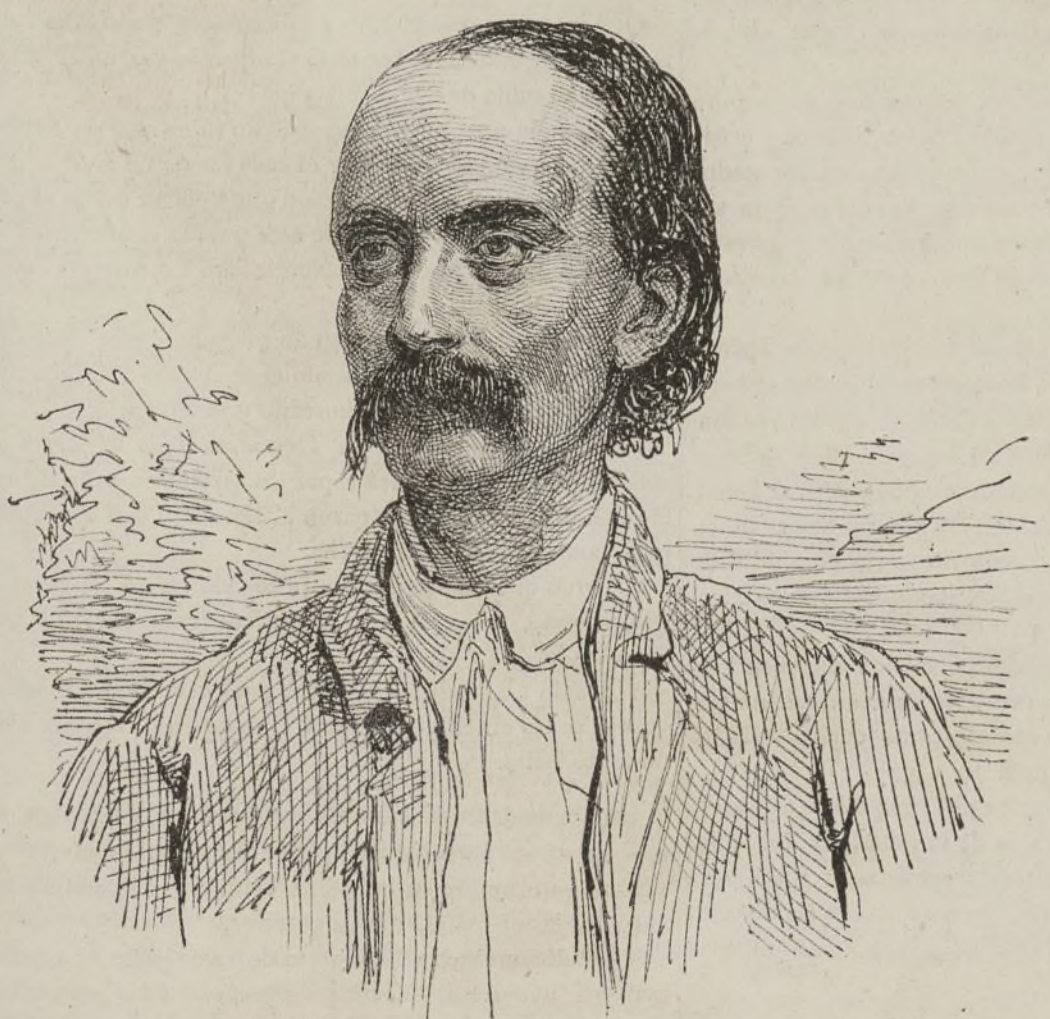


Los partidos políticos en Francia.





Captura de Cavada y Osorio en Cayo Cruz.



Federico Cavada.



Juan Bautista Osorio.



## EPÍSTOLAS A "JUAN PALOMO."

NUEVA YORK, 29 DE JUNIO.

La monotonía de la vida neoyorkina no podrán comprenderla nunca los que, sin haber visitado esta ciudad, se hayan formado una idea de su grandeza.

Y aún aquellos que vienen como aves de paso, sin detenerse lo suficiente para familiarizarse con ella, llenos los bolsillos de ese eficaz agente de comodidades y placeres, se van sin haber hallado más que una variedad continua de pasatiempos y diversiones.

Sólo se siente la monotonía de esta vida al cabo de algún tiempo de permanecer aquí.

Para todo recién llegado, Nueva York es una ciudad inmensísima, de infinito número de calles y de edificios sin cuento.

Para el que ha residido aquí algunos meses, Nueva York es *Broadway*.

Sin moveros de *Broadway*, podeis saber todo lo que pasa en Nueva York, por la sencilla razón de que todo *pasa* por *Broadway*.

Considerando el trazado de la ciudad, *Broadway* es su columna vertebral; mirándola bajo el punto de vista social y mercantil, es su arteria aorta.

Si algún conocido teneis en la ciudad, lo encontrareis en *Broadway* irremisiblemente.

Salir a la calle y no ir a *Broadway*, es no haber salido de casa.

Cualquier objeto nuevo, cualquier artículo que haya obtenido privilegio, cualquier espectáculo, no hay más que anunciarlo en *Broadway*, y al cabo de pocas horas lo sabe la ciudad en masa.

Allí se ven diariamente las mismas caras. Por la mañana la población masculina baja en procesion hacia sus oficinas, más tarde invade la calle el bello sexo por una costumbre que ha llegado a convertirse en necesidad, y al anochecer vuelven a subir los mismos que bajaron por la mañana.

Durante las primeras horas del día, los ómnibus bajan convertidos en latas de sardinas, mientras que los que suben van desiertos: por la tarde sucede todo lo contrario.

Así como Tito daba por perdido el día que no había hecho una buena acción, así toda americana considera perdido el día que no ha paseado por *Broadway*.

Salid de *Broadway*, y Nueva York os parece otra ciudad distinta.

Bien mirado, Nueva York se compone de dos ciudades.

La parte baja es el templo del comercio, de la animación, de los negocios, es la ciudad del barullo.

La parte alta es el santuario de los lares, de la tranquilidad, de la familia; es la ciudad del reposo.

Nueva York gana dinero en la parte baja para gastarlo en la parte alta.

Aquella representa el hombre: la segunda simboliza la mujer.

Por esto la ciudad alta es más bonita que la baja.

Pero entre las dos hay un puente que las une insensiblemente, y es *Broadway*.

Esta espina dorsal une la cabeza, que es la ciudad baja, con la región abdominal, que es la ciudad alta.

Raro es que algún suceso extraordinario venga a interrumpir el flujo y reflujo cotidianos de ese canal terrestre.

De cuando en cuando alguna procesion cívica o militar; algún entierro lucido o un anuncio extravagante consigue detener el curso; pero una vez pasado el objeto de la detención, no queda el menor rastro del acontecimiento.

Y sin embargo, esas interrupciones del constante movimiento de *Broadway*, constituyen la sola alteración, son los agradables incidentes que raramente vienen a cambiar la faz de la vida neoyorkina.

Ahora, con decirte que ningún acontecimiento extraordinario ha venido a interrumpir el movimiento de *Broadway*, comprenderás, JUAN PALOMO, la dificultad en que me hallo de poder comunicarte nada nuevo.

Los alemanes, que son muy dados al holgorio, celebran esta semana su *Saengerfest*, y al efecto han reunido de todos puntos de la Unión numerosas sociedades corales a tomar parte en la fiesta.

En los barrios alemanes, que están en la parte oriental de la ciudad, aquello parece un jubileo.

Colgaduras, guirnaldas, banderas y gallardetes, transparentes con pinturas alegóricas a la Alemania, a Euterpe, a Orfeo, a la Música, a los coristas forasteros, todo contribuye a hacer más lucida la fiesta y dar mayor brillo a la algazara y jubilo de aquellos barrios de gente pacífica, honrada, laboriosa y filarmónica.

Pues bien: a pesar de tanto bullicio que ha de durar una semana, dos terceras partes de la población neoyorkina ignoran lo que está pasando en los barrios alemanes.

Y ¿sabes por qué? Porque el barullo está confinado a las Avenidas orientales y no llega hasta *Broadway*.

Ninguna americana se daría la pena de ir hasta la Avenida para ver una demostración, por grandiosa y magnífica que fuese.

Porque es tal la idea que tienen de *Broadway*, que consideran que ninguna demostración puede ser magnífica ni grandiosa no pasando por esa calle.

¿Cuántos hijos de Nueva York viven y mueren sin haber visitado las avenidas extremas de ambos lados de la ciudad!

En cambio, no hay ninguno que no haya pasado por *Broadway* repetidas veces.

Es la primera calle que recorre el forastero, y es una de las pocas que merecen reconocerse en esta Babilonia.

*Broadway* es la fisonomía de Nueva York, y una y otra puede describirse con este retruécano:

*Broadway* es Nueva York y Nueva York es *Broadway*.

JOHN BULL.

PUERTO RICO, 28 DE JUNIO.

*Consumatum est*: se consumó la obra, es decir, que terminaron las elecciones, dando un resultado que no ha podido ser más satisfactorio para los radicales: de quince distritos han ganado en catorce, sacando mayoría en este el general Sanz, único candidato que se ha salvado en el universal naufragio. ¿No te parece que estamos lucidos? Pues no es esto lo peor, sino que después del remedio, y al paso que vamos, no tendríamos un conservador, es decir, español, en ningún cargo público. En cuanto a los senadores, siendo los compromisarios, excepto tres, radicales, ayúdame a sentir lo que sucederá.

Han salido reelegidos y por dos distritos, Baldorioty de Castro y Padial, y por uno, Acosta, el director del *Progreso*; Julian Blanco, el pica-pleitos; Sanromá, el autonomista; Quiñones, el compañero de Morales Lémus, y otros de la misma calaña.

Te escribo en serio, porque la cosa es demasiado seria para que pueda prestarse al chiste: digan lo que quieran, este país está profundamente maleado, la lepra va cundiendo, y es preciso un remedio enérgico, radical, con perdón de la palabra; si esto no se hace, si andamos con peligrosas contemplaciones, entonces estamos perdidos.

Las elecciones municipales se acercan, y, según están preparadas las cosas, casi me atrevo a asegurarte que sucederá lo que ha sucedido ahora y sucedió en las elecciones para diputados provinciales. El mal puede estar algo en las personas, pero eso es de poca importancia; el principal y esencial consiste en los decretos provincial y municipal, los que han consignado como base de todo el casi sufragio universal. Si el gobierno no escarmienta y continúa con los ojos cerrados, entonces negocio concluido. En España puede haber y hay esa multitud de partidos políticos, cuya nomenclatura apenas puede sostenerse en la memoria, aquí, dígame lo que se quiera, no hay más que dos partidos, el español y el separatista: lo demás es farsa y mentira.

La tranquilidad continúa inalterable; ¿para qué han de meterse en aventuras de las que saldrían con las manos en la cabeza, si después de tener diputados a Cortes radicales y una Diputación provincial radical, esperan, y con razón, tener Ayuntamientos radicales y hasta radicalísimos alguaciles? Es un flujo de radicalismo que asfixia y al que opondrémos nuestra constancia y nuestra lealtad; si nuestros esfuerzos son estériles, nos cabrá siempre la satisfacción de haber obrado bien.

Y no creas que lo que te digo son jeremiadas, es la pura verdad, así como que jamás ha tenido Puerto Rico una crisis más difícil que la que va a correr y corre con los diputados electos si llegan a ir a Cortes y se les oye, lo cual pudiera ser hacedero, atendido nuestro carácter impresionable y nuestra afición a la novedad. Ya sabes tú lo que se oculta debajo de la capa de las reformas.

Las fiestas de San Juan han pasado sin que nadie apenas haya fijado su atención en ellas; lo único notable fué el baile que hubo en el teatro en la noche del Patrono, que estuvo bastante concurrido, contra lo que era de esperar. Hoy se abre también un bazar para el establecimiento de San Ildefonso, pero la gente piensa poco en bazares, donde no hay política, ni chismografía, ni nada de lo que constituye la comidilla de la afortunada Borinquen, y en cambio, hay que dejar los cuartos.

En el último correo francés salió un comisionado para Madrid, el señor Oteyza, candidato conserva lor derrotado no por muchos votos en Río Piedras, con objeto de exponer al Gobierno el verdadero estado del país.

La exposición pública, que termina el último día de este mes, no ha valido gran cosa, porque más de la mitad de los pueblos han dejado de enviar productos y artefactos; ¿para qué habían de pensar en esta tontería, cuando tenían las elecciones, la política, los derechos individuales, y otras gollerías por el estilo?

Tú afectísimo

JUANITO.

## MURMURACIONES.

¿Murmuramos?

Murmuremos.

Pues para murmurar es preciso reconocer que en primer término hay que hacerlo de los peinados que actualmente usan las mujeres.

O *abusan*, que es más propio.

Son unos señores peinados, con ribetes de castillo feudal.

Hagamos historia. Y esta sí que va a ser una historia *pe-liguda*.

Bajo el reinado de Luis XV tomaron mucho auge los peinados monumentales, en cuya confección entraban los polvos y la manteca. ¡Manteca! nada; como si se tratase de freír un par de huevos!

Los polvos en el pelo tenían una razón de ser en aquellos tiempos: disimulaban las canas.

Los que ahora se pone en la cabeza el bello sirven para hacer simetría con los que lleva en la cara. Y unos a otros se disimulan: porque está claro; vé usted una mujer de cuello arriba y duda si es cabeza o camino vecinal, en el que no haya llovido en mucho tiempo.

En la época antes citada llegó el peinado a adquirir formas y tamaños tan monstruosos y exigía labor tan detenida, que las jóvenes de sociedad se peinaban, o hacían peinar la víspera para el baile o sarao del día siguiente, habiendo de pasar la noche en vela o durmiendo sin reclinar la cabeza, para conservar intacto aquel pomposo edificio.

Había peinados de pabellón, de orejas de ardilla, de gallina clueca, de cómoda, de cabriolé, de matorral, de bosque, de campanario y otros excesos.

En el día los hemos visto ya de cuernos (perdone usted el modo de señalar) y de campanario. Siguiendo así las cosas, llegarán de *Castillo de la Cabaña* y de *Farola del Morro*, con su farolero y todo. Porque lo que es un farolero, con su apreciable familia, cabe perfectamente en el voluminoso armatoste que llevan ahora las mujeres en la cabeza.

Conozco infinidad de propietarios de casas, que están que no les llega la camisa al cuerpo; porque es lo que ellos dicen, para alquilar una casa, vamos a tener que rasgar las puertas para que den paso a las señoras, ¿y quién paga esos gastos?

Un casero me decía ayer que cuando le toman una casa, pregunta al inquilino:—¿Hay señoras? y como le contesten afirmativamente, no la alquila o pide doble precio, porque dice que con los peinados quitan la pintura a las vigas.

Sexo encantador, perdona: me he impuesto hoy la obligación de murmurar y, con franqueza, me has dado motivo.

Sigamos murmurando.

No hay como el verano para rarezas en los espectáculos teatrales.

El otro día, a beneficio de un *primer tenor*, anunciaban los carteles *El terremoto de la Martinica*.

¡Qué horror!

El beneficiado luciría su voz pidiendo misericordia, como se acostumbra en los terremotos.

Espero ver anunciados de un momento a otro, a beneficio de cualquier compañía cómica, *Los Mártires* o *Los Puritanos*. Sería lo más propio.

Qué interés prestan a las publicaciones periódicas los despachos telegráficos, sobre todo los que de vez en cuando vienen por el cable de las Antillas!

El otro día nos refirió el susodicho cable que en Demerara un verdugo rehusó descolgar el cadáver de un ahorcado.

Figúrese usted la perturbación que hubiera traído al comercio, a la industria, a la vida de este pueblo el que tan mala noticia no se hubiera podido transmitir rápidamente por el telégrafo.

El oro sube, y todo el mundo pregunta: ¿por qué sube el oro?—Ahí tiene usted explicado el misterio. Yo creo que el oro sube para alcanzar al ahorcado y descolgarlo.

No sé si el agente que en Demerara tiene el encargo de transmitir las noticias, será capaz de dejarnos mucho tiempo en la duda de si al fin descolgaron al ahorcado o si continúa colgado como pantalón en percha.

No creo que demuestre tan poco celo en el desempeño de su cometido, pues ya debe comprender la ansiedad que ha despertado.

Y después de todo, señor, que para eso son los grandes inventos como el telégrafo: para circular con rapidez noticias de tanto bulto.

Un comerciante alemán ha asesinado a un amigo suyo, porque rehusó su invitación para acompañarle a almorzar.

Esto ha ocurrido en la isla de Trinidad, y la noticia ha venido por la misma vía que la anterior.

Verdaderamente, valía la pena de hacer jugar los cables submarinos, aunque sólo fuese para prevenir a los que reciben invitaciones para almorzar.

¡Caspitina! no es nada lo del ojo! quién se atreve ahora a rehusar un convite?



Vea usted lo que son las cosas: hay aquí personas capaces de pegarle un sopapo al lucero del alba sólo porque le den de almorzar, mientras en Trinidad se dejan matar las gentes por no admitir ese obsequio.

Y después de todo, el alemán ha obrado con mucha cordura.

Por cuestiones de etiqueta, sobre si un embajador fué mejor ó peor recibido, etcétera, el rey de Prusia armó una guerra en la que han muerto los hombres por cientos de miles; ¿qué menos podía hacer un alemán que vive en Trinidad, que pegarle un tiro al que no quiso almorzar con él?

Por supuesto que lo importante aquí es averiguar cómo se llama el cocinero del alemán, para que Dios nos libre de él. ¿Qué tal guisará el prójimo cuando un individuo ha consentido morir antes que comer sus guisos?

Según el mensaje anual que el Mayor de Nueva York acaba de presentar al Consejo Municipal, el alumbrado público de la ciudad imperial se efectúa por medio de 19,000 mecheros de gas.

¡Eche usted mecheros!

Parece imposible que con tanta luz estén todavía á oscuras los laborantes sobre el verdadero motivo del viaje de Bembeta.

Según el último censo, la población de Nueva York, se compone de 942,252 habitantes.

Por supuesto que al Mayor se le ha olvidado incluir una cotorra (doña Emilia Casanova,) un *guzndpivo* (don Miguel Aldama) y otros cuantos insurrectos sensibles.

Las calles de Nueva York adoquinadas miden una extensión cubera. Toda ella está adoquinada.

Lo mismo los hombres que las mujeres, todos llevan encima de los hombros un adoquín. Hay quien dice que es una cabeza lo que usan, pero yo sostengo que es un *adoquín*. Y me fundo!

JUAN DE AUSTRIA.

#### FEDERICO CAVADA Y JUAN B. OSORIO.

Al estampar, como lo hacemos en este número, los retratos del titulado General Federico Cavada y del héroe del *Comanditario* Juan Bautista Osorio, con la intención de insertar á la vez la biografía de estos personajes, tropezamos con una insuperable dificultad, que consiste en la oscura insignificancia de los dos ántes de haber figurado en la insurrección, y en la inseguridad de las noticias referentes al papel que hayan representado después, el uno en los mares, como jefe *predestinado* de aquella "poderosa escuadra en construcción," inaugurada con el "vapor de guerra *Yara*," y el otro como cabecilla de los incendiarios que han asolado los campos en las Cinco Villas y el Camagüey. Dirémos, pues, solamente lo poco que sabemos de esos criminales.

Federico Cavada, de quien se dice que sirvió en el ejército federal durante la guerra con el Sur, y se agrega también, ignoramos con qué fundamento, que fué dado de baja por cobardía ó mala conducta, figuró después como vice-cónsul de los Estados Unidos en Trinidad, hasta que en Febrero de 1869 tomó una parte prominente en la insurrección de las Villas, de la cual tomó el mando superior con el título de "Mayor general del ejército de Cinco Villas." Reconociendo su impotencia para hacer frente con sus reclutas bisoños y mal armados á las fuerzas disciplinadas que volaron á darles caza, inauguró esa estrategia de los incendios que ha hecho exacerbar su nombre como el de uno de los más crueles enemigos del suelo en que había nacido, y de los que más daño han hecho á su propia causa, privándola de asilo y de recursos, que más falta habrían de hacerle á ella que á los defensores de España. Fuera de esta táctica salvaje, no hay noticia de ningún hecho de armas en que Federico Cavada se haya distinguido como hombre de inteligencia ó de valor; ningún golpe atrevido, ningún rasgo de audacia como los que se cuentan de Roloff, Villamil ó Bembeta. — Los que lo han conocido de cerca dicen que á Federico Cavada no le han visto nunca la cara las tropas españolas. — Que en este juicio no tiene parte la pasión, lo demuestra aquella carta famosa de Domingo Guiral, interceptada y publicada en octubre del año pasado en todos los diarios de esta ciudad y en la cual más de una vez se denigra el nombre de Cavada con el estigma de *coarde*, lanzado por uno de sus compañeros de armas. — El siguiente párrafo de esa carta nos viene aquí á propósito para dar á conocer los rasgos morales y algunas de las hazañas del hombre funesto destinado á reemplazar al ínclito Quesada en el mando supremo del ejército de la República, y escogido sin duda para ese honor por creérsele del todo digno de su antecesor, "por sus precedentes" — Dice, pues, Domingo Guiral en su citada carta á Antonio Zambrana, secretario de la Cámara:

"Paso á hablarte del general Federico Cavada. No habrás olvidado que á una equivocación del país, hija por cierto de la inventiva de aquel, debió ocupar el puesto en que aún lo sostiene nuestra debilidad. Hoy, que ya nadie puede llamarse á

error; hoy, que su inventiva no tiene campo en que manifestarse; hoy debemos retirarlo, porque si nó de día en día, si nó de hora en hora, el altar se desbarata por la mala conducta de aquel y es preciso un pronto remedio. La deposición del general Quesada, la dimisión de Jordan y la de I. Agramonte, hicieron fijar la vista en Cavada, que á la sazón operaba en las Villas, confiándole nuestro Gobierno el mando de todo el ejército y que este recibiera gustoso, lo mismo que todo el país, al nuevo jefe. Se habían leído numerosos partes oficiales en que daba muestras de una actividad y un valor admirables, y fué este título bastante al cariño y á la simpatía de todos para encumbrarlo y prometerse un éxito glorioso de la elección que en él recayó. Vino al Camagüey, y aún no ha salido de él, y trajo y conserva aún una animosidad no disimulada en contra de los mismos que le dieron nombre y le regalaron una reputación que no es capaz de conservar ni aún en la más pequeña de sus fracciones. Existía una disposición que llamaba á las familias á nuestro lado, brindándoles protección y seguro asilo: el general Cavada inauguró su mando ordenando que se les quitaran las bestias útiles y se les dejaran todas las que por su mal estado y condiciones no pudieran utilizarse en el ejército, y disponiendo que se les redujeran á cenizas todas las casas de las fincas y aún los ranchos del monte: es decir, decretando que en lo adelante vivieran á la intemperie nuestros soldados y esas familias llamadas y á quienes se ofreció seguridad. Intentó pronto, muy pronto, llevarse todo el parque para las Villas, sin duda para repartirlo entre los mismos que hoy viven holgadamente entre nosotros, sin solicitarlo tal vez, y tampoco se hizo lo que ordenaba. Se le pidió que no sacara de esta jurisdicción el cañón pequeño, y prometió, *bajo palabra de honor, al coronel Antonio Aguilera, no hacerlo*, y el cañón fué en la columna del Brigadier Varona. Nada de esto es nuevo para ti; pero lo recuerdo para despertar tu ira, porque *ira* y sólo *ira* excita una conducta tan miserable."

Hé aquí á Cavada juzgado y condenado por uno de los suyos. Ahora que la justicia de los hombres debe de haber caído sobre el culpable, sea con su alma clemente la justicia de Dios!

Juan Bautista Osorio era un pobre dependiente de muelle, que pudo alcanzar la plaza de sobrecargo en el *Comanditario*, vapor que hacía y hace viajes semanales desde esta capital á Cárdenas.

La fama de Osorio y su nombramiento de *Almirante* de la imaginaria escuadra de la más imaginaria *república de Cuba*, data de la noche del 23 de marzo de 1869, en que habiendo zarpado del puerto de la Habana á las seis de la tarde del citado día con rumbo á Cárdenas, como acostumbraba semanalmente el *Comanditario*, y, ayudado por Eloy Camacho y unos cuantos que en esta capital al efecto se embarcaron, sorprendió Osorio al capitán y pasajeros del buque, los amarraron y desembarcaron en un cayo, dejándoles provisiones para dos días. — Tan pronto como se tuvo noticia de lo ocurrido, salieron varios buques en persecución de los piratas, á los cuales dió alcance el cañonero *Luisa* en Cayo Estribo, apoderándose del *Comanditario* y logrando Osorio y sus compañeros salvarse á nado, arribando á la cercana costa inglesa. — Trasladóse desde allí á Nueva York el celeberrimo sobrecargo, convertido en *almirante de Cubita liebre* por arte de birli-birloque, hasta que regresó á esta Isla á bordo del vapor filibustero *Salvador*, cuyos expedicionarios tan malamente lo pasaron. — Cuando intentaba tomar soleta en compañía del *ex-generalísimo* Cavada, fué aprehendido en Cayo-Cruz y conducido á Nuevitas, en donde á estas horas habrá sufrido ya el inexorable fallo de la ley, lo propio que Cavada en Puerto Príncipe. — Osorio, cuando robó el *Comanditario*, fué juzgado en rebelión y condenado á la última pena como pirata: la Marina, pues, ha sido la encargada de cumplimentar la justicia é imponerle la dura pena á que por su conducta se había hecho acreedor. — ¡Paz á los muertos y execración eterna sobre los renegados y traidores!

JUAN DIENTE.

#### SARTENAZOS.

Parece que Pepe de Armas ha conseguido que le den dinero para formar un nuevo periódico que hable en contra de *La Revolución*.

Hombre, sí; que publique ese periódico: lo necesito como el pan.

Me aburro.

Les he dicho ya á los laborantes cuantas picardías se pueden decir, y ahora quiero oír cómo se las dice otro.

Y Pepe de Armas, aunque pertenece á la clase, no se queda corto en soltar improperios contra los compinches.

Si es más *liberal*....

El señor don Cástor Hierro y Mármol ha tenido la bondad de remitirnos un ejemplar del libro que acaba de publicar con el título de *La dignidad de la mujer*.

Es una obra amena, de sana moral y de muy provechosa enseñanza.

La recomendamos al público.

El petróleo está en moda desde que le han usado con tanto éxito los regeneradores de la sociedad.

Ya no se dice:

"Tengo un volcán en el pecho, señorita."

Se dice:

"Señorita, usted es la *Commune* y me ha rociado el pecho de petróleo."

Un desesperado no dice ya — "Voy á hacer un disparate;" dice — "Voy á petrolearme."

Los revolucionarios se saludan en sus cartas escribiendo: "República federal y petróleo funeral."

En París, donde hay hombres de buen humor aún en medio de los mayores desastres, pusieron en la muestra de un vendedor de petróleo al pormenor:

"Fulano, lampista, vende petróleo aprobado por la *Commune*."

El pobre hombre estuvo á punto de ser fusilado, pero pudo felizmente probar su inocencia.

Ya no dice ninguna jamona: — ¡Jesus! estoy sofocada con este calor." Lo que dice es: — "¡Estoy llena de petróleo!"

A la bárbara frase: — "Que le den morcilla," ha sustituido esta otra: — "Que le echen petróleo."

Los amantes no dicen ya: — Arde en mí de amor la llama inextinguible." Dicen: — "Arde en mí el petróleo más fino."

\*\*\*

— Los emigrados de Nueva York han determinado mandar á Bembeta al otro mundo.

— ¡Cuerno! ¿Un asesinato?

— Nó, hombre; al viejo mundo lo mandan: á Europa, en busca de dinero.

— Ah!

\*\*\*

No todo ha de ser sustos y penas, que no otra cosa, lectores míos, brinda la vida; no todo ha de ser renegar de los *ingleses* y de *tutti quanti* tienen especial prurito en atormentar la existencia de los que sólo en vivir y trabajar honradamente piensan.

Deben ustedes saber que en el pueblo del Calabazar hay un espacioso salón de baile, nominado *Recreo de Santa Teresa*, en el cual desde hoy (sábado) se inaugurará una serie de bailes públicos que prometen ser tan concurridos y brillantes como los de las temporadas anteriores.

Yo, que me desvivo siempre por complacerlos, yo, que por todas partes voy oliendo donde guisan para daros de momento el soplo, bien merezco, salvo error, que por la anterior noticia me deis un voto de gracias. (Estilo parlamentario).

\*\*\*

Caballeros, al avío, que se vá el navío.

Dentro de pocos días, el 19 de agosto, se verifica la rifa de aquella excelente casa de Guanabacoa, cuyas señas y condiciones conocen ustedes.

Las papeletas, por si no lo recuerdan, se venden en esta Administración.

Con que animarse, señores, y á comprarlas, que por un escudo bien puede uno llegar á ser propietario de la villas de las Lomas.

\*\*\*

Asegura el corresponsal que tiene en la Habana *La Revolución*, que en un tren de Nuevitas á Puerto Príncipe ha desaparecido un wagon entero.

¡Carape!

Ya sé quién se lo ha tragado! Uno de los amigos del corresponsal, que son los que más tragaderas tienen para pasar ciertas bolas.

\*\*\*

*La Revolución* no hace más que pegarle alfilerazos al gran Azcárate.

Dicen que todo esto es valor entendido, para dar pretexto al director de *La Constitución* de que vocifere ser enemigo de los separatistas.

Allá se las entiendan. Me tiene sin cuidado, pero me divierten sus dimes y diretes.

Ha sostenido Azcárate en *La Constitución* que nunca ha sido partidario de la autonomía.

*La Revolución* le recuerda con este motivo que en 26 de Mayo de 1867 firmó una petición al Gobierno solicitando una *constitución autonómica*.

A mí no me cogen de sorpresa esas cosas.

Ni entónces me fiaba de Azcárate, ni ahora tampoco me fio de él.... Con que....?

Ah! por lo que pueda convenir; ni me fiaré en lo sucesivo. Estamos?

\*\*\*

Ha dejado la dirección de *La Voz de Cuba*, el enérgico escritor y buen patriota D. José Ruiz de León.

JUAN PALOMO siente que abandone las luchas periodísticas el Sr. Ruiz, aunque está persuadido de que cualquiera que sea su situación, no dejará nunca de trabajar por el afianzamiento del poder español en Cuba.

Nuestro buen amigo D. José E. Triay, se ha encargado de la dirección de nuestro colega.

Los lazos de íntima amistad que nos ligan con el Sr. Triay, nos hacen callar cuanto podríamos decir en su elogio.



## APUNTES PARA UN DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO.

*Haba.*—Lo que se cuece en todas partes.

*Hábito.*—El traje que usa cada uno para representar su papel en la comedia de la vida.

*Hablar.*—Lo que hacen los laborantes cuando quieren darse lustre de cotorras.

*Hallazgo.*—Lo que ha tenido el *general* Cavada en Cayo-Cruz, que se encontró con la horma de su zapato.

*Habilidad.*—La de Bembeta.... ¡Compadre, si es habilidad escurrir el bulto!

*Habitación.*—Lo que pocos tienen y algunos pagan.—La inmensidad del *espacio*, tratándose de mambises.

*Halago.*—Un piloncillo de azúcar que por dentro tiene acibar.—Para don don Ciruelo Villaverde soñar que es soltero, y lo pasado, pasado.

*Hambre.*—El discurso que pronuncia el estómago para pedir que le echen comida.

*Harapo.*—El lujo de los insurrectos.

*Hielo.*—Una suspensión de pagos.

*Hermanidad.*—Lazo que une á los que no son hermanos ni lo parecen.

*Harina.*—Lo que se necesita para que no haya mohina.

*Héroe.*—Carlos Manuel de Céspedes. (¡Se ha casado tres veces y pico!)

—Zeñó, decía una gitana á un escribano, ¿cuándo pone ozté en la calle á mi churunguelito?

—Pronto, pero es preciso que traiga usted cuatro pliegos de papel sellado.

—Pairino, vasté á jase argun *papalote*?

Allá vá un arranque del nuevo periódico *fili-embustero* *La República*. Taparse las narices, caballeros, que habla un mambi:

“Los años pasan, Cuba se destruye, la humanidad se estremece, el derecho se olvida, y ¡no llega el día de la justicia!”

¡Vaya si llega! Y si nó, que se lo pregunten á Cavada.

Pero, cálese usted, que lo mismo dá preguntárselo á Osorio.

Se lamenta *La República* de que la principal misión de las cañoneras ha sido *recoger patriotas* en las costas.

*Misté qué Dios!* yo me figuraba que la misión de las cañoneras era llevar á los *patriotas* caramelos en vez de *recogerlos* en las costas. Porque, está claro; para algo se había gastado el dinero en hacerlas el gobierno español. Pero por lo visto me he equivocado, y el redactor de *La República* también.

Cierto caballero tiene una mujer celosa en todo extremo.

Un día quiso ocultarla una carta.

—¿En dónde la pondría yo? preguntaba á un amigo; si la pongo en el pecho, se arrugará, y si la dejo en mi escritorio, la van á curiosear.

—Pónla, le respondió, en la tercera ó cuarta página de un buen libro.

El jueves próximo tendrá lugar en el teatro de Tacon el beneficio del aplaudido actor don Manuel Argente, y según el acierto que ha tenido para escoger su función de gracia, no podemos menos de augurarle una entrada de Raveles.

Como principal aliciente del espectáculo puede contarse la reaparición de la célebre artista señora Mur, que tantos triunfos ha obtenido en nuestra escena, creando entre nosotros el simpático papel de la Duquesita de Medina, en la zarzuela *Jugar con fuego*, la misma que el jueves próximo tendremos ocasión de volver á oír en el gran teatro.

La señora Mur, cuyo relevante mérito conoce mejor que nadie el público habanero, bastaría por sí sola á llenar el teatro de espectadores, pero el señor Argente, ansioso de corresponder á la distinción con que le honran los aficionados, ha conseguido que el señor Clapera, ántes barítono aplaudido y retirado hoy de la escena, tome parte en la función, desempeñando el papel de *Marqués de Caravaca*, que con tanta aceptación cantó no há mucho en el indicado teatro.

Con tan excelentes intérpretes, no es dudoso el éxito de la popular obra de Ventura de la Vega.

Debemos añadir que tanto la señora Mur como el señor Clapera se han prestado generosamente á trabajar en obsequio del beneficiado, sin más recompensa que las que encuentran las personas de corazón al contribuir á una buena obra.

Una compañía inglesa ofrece reconstruir á Saint-Cloud en dos años, á condición de tener allí, durante quince años, el privilegio de una casa de juego como las de Baden y Hamburgo.

Está bien!

Sería un palacio construido con los bolsillos de los aficionados á tirarle de la oreja á Jorge.

Un palacio de percalina, como si dijéramos.

¡Cuántas veces habría visto al rey en puerta!

¡Ah, estoy conmovido!

Mire usted, mire usted cómo *camela* *La República* á los yankees.

“El pueblo de Cuba tuvo siempre pasión por el de los Estados-Unidos (*sublime amore!*) Estudiaba su historia (*oh, pasión desventurada!*) leía con avidez sus periódicos y sus libros; gozaba con los recuerdos de la vida de Washington; (*¡qué recuerdos, Leonor!*) se inflamaba (*sopla!*) el pecho alborozado á cada noticia de un nuevo y sorprendente descubrimiento (*esto es querer por lo fino!*), se abismaba la imaginación al contemplar el crecimiento del pueblo americano, (*usted lo vé, hombre, usted lo vé?*) y se recibía á los huéspedes del Norte con aquella hospitalidad peculiar de los cubanos.”

Lágrimas, corred! Y sin embargo de todo ese *derretimiento prematuro*, los yankees se han mostrado insensibles, y ni siquiera una mirada echan á los emigrados! Ah! positivamente, el pueblo de los Estados Unidos no tiene corazón, ó lo tiene de bronce ó peña.

¡Lágrimas, corred, y si teneis un par de pesetas, dádselas á los laborantes de Nueva York!

—Me han dicho que escribe usted en un periódico, Luisito.

—Con efecto.

—¿Y qué sección tiene usted á su cargo?

—La crónica internacional.

—¡Cielos! ¡Es de *La Internacional*!

—Caballero, no me conviene que haga usted el oso á mi hija.

El último número de *La Ilustración de Madrid*, revista de política, ciencias, artes y literatura, que acaba de traernos el correo de la Península, en nada desmerece de los anteriores, ántes bien, no vacilamos en asegurar que adelanta en la importancia de los grabados á los que le han precedido, tanto en el tamaño como en la variedad.

*El derribo de la columna Vendôme*, dibujo del Sr. Pellicer, *el monasterio de Yuste*, del señor Pradilla, y el retrato del señor Cánovas, por Perea, son obras que pueden figurar al lado de las mejores del extranjero.

Si á esto se agrega que todos los trabajos de esta publicación son hechos por artistas españoles, creemos haber recomendado bastante á nuestros lectores el ilustrado periódico madrileño.

*La República*, periodiquin insurrecto, asegura que *La Revolución* ha interpretado bien su pensamiento.

Pero, dígame usted, *La República* es capaz de tener algún pensamiento?

## PENSAMIENTOS DE UN LOCO.

Recuerdo que cuando no estaba loco, nadie me hacía caso: ahora me mima y me contempla todo el mundo.

¿Quién es el loco, el mundo ó yo?

He visto una viña que dá uvas, una higuera que dá higos y un melonar que dá melones. Pero jamás había imaginado ver un *nocedal* que diera castañas.

En ciertos momentos me dan intenciones de morderme el pescuezo, pero nunca lo encuentro á mano.

Pues lo mismo le sucede á Carlos VII con la corona de España.

Tengo un amigo que todo el día se está chupando el dedo pulgar.

Ya lo comprendo: es un absolutista.

Pues señor, en esta casa deben estar locos: me dan luz, cuarto, comida y cama y ropa sucia y estacazo limpio.

Tantas gollerías me empalagan.

En un discurso que Bembeta ha pronunciado en el Club de Laborantes de Nueva York, ha dicho que los insurrectos no tienen zapatos, ropas, *ni techo*.

¡Ave-María Purísima!—Oiga usted, doña Manuela, ¿usted ha visto personas *sin techo*?

Vea usted, y yo que los tenía por hombres—vamos al decir—completos de todo!

Me lo han contado, señores, me lo han contado.

Doña Emilia Casanova asistía á un club.

La secretaria de la *Liga*, sin poder estar un instante quieta, subía y bajaba, entraba y salía, se ponía de pie y se sentaba.

Al verificar uno de sus rápidos movimientos, le dijo al oído una de sus compañeras:

—Mira que te se ven las pantorrillas.

—¿Que se me ven? ¡Imposible! ¡Si llevo medias!

—Por qué no haceis vuestra esposa á Julia? ¡Es un ángel!

—Sí, es un ángel; pero se pinta.

—Dispensadme; con la mano sobre vuestra conciencia, decídmelo, ¿habeis visto jamás un ángel que no estuviese pintado?

## BOLETIN BIBLIOGRAFICO.

20

## LIBROS MODERNOS

RECIBIDOS RECIENTEMENTE PARA SU VENTA EN

## LA PROPAGANDA LITERARIA,

O'Reilly, 54, entre Habana y Compostela.

**Historia de Jerusalem.**—Si notable es esa obra por el mérito de su autor, Mr. Poujoulat, uno de los dos autores de la Correspondencia de Oriente, no lo es ménos notable por el esmero que ha empleado su traductor, don Eugenio de Ochoa, de la Real Academia Española, y por el lujo de la edición, adornada con magníficos grabados abiertos en acero.—En cuanto á la índole del libro, baste decir que es fruto de perseverantes estudios y graves meditaciones, y que ha sido inspirado por el ardiente amor de lo bello y de lo grande, por un enérgico deseo de servir la causa de la moral y de las ideas religiosas.

Un volumen en 4.º mayor, de cerca de 600 páginas, con 24 finísimos grabados en acero, impresion esmerada.... **Rs. 51**

**Veinte mil leguas de viaje submarino**, por Julio Verne.—La lectura de tan interesante libro nos introduce en los recónditos abismos de los mares, nos permite contemplar los cuadros pintorescos y fantásticos que se ocultan en el seno de las aguas y nos pone en contacto con las madréporas, las esponjas, los corales, las perlas y otra multitud de seres que vegetan en su fondo, y nos sorprenden incesantemente con sus variadísimas formas, en que parece que la naturaleza ha agotado todos los recursos de su plástica maravillosa. Ninguna otra obra, ni aún del mismo autor, podríamos ofrecer al público más propia para excitar su interés.

Dos volúmenes en 4.º mayor, con bonitos grabados intercalados en el texto..... **Rs. 8**

**Diccionario enciclopédico de la lengua española**, con todas las voces, acepciones, frases, refranes y locuciones usadas en España y las Américas españolas, en el lenguaje común antiguo y moderno; las de ciencias, artes y oficios; las notables de historia, biografía, mitología y geografía universal y todas las particulares de las provincias españolas y americanas, por una sociedad de personas especiales en las letras, las ciencias y las artes.—Los señores don Augusto Ulloa, Félix Guerra Vidal, Fernando Frago, Francisco Madina-Veitia, Isidoro Fernandez Monje, José Plácido Sansón, José Torres Mena, Juan Creus, Juan Diego Perez, Luis de Arévalo y Gerner, Juan Salas y Ventura Ruiz Aguilera, bajo la dirección de Eduardo Chao: adicionado nuevamente con un suplemento, comprensivo de todas las voces autorizadas por la Academia española de la última edición de su diccionario, y con otras varias, hasta unas cinco mil, correspondientes á la índole enciclopédica de la obra.

Consta de dos tomos en folio mayor, de más de mil páginas cada uno, á cuatro columnas, de letra clara y compacta, edición de Gaspar y Roig.

Encuadernado á la rústica..... **Rs. 136**

Idem en pasta española superior..... **Rs. 200**

**Manual del derecho romano**, ó explicación de las instituciones de Justiniano, por preguntas y respuestas, precedido de una introducción histórica del estudio del derecho Romano y de una biblioteca escogida de este derecho, por M. E. Lagranje, doctor de la Universidad de París. Obra traducida de la undécima edición francesa, y adicionada con nuevas notas y apéndices, por don José Vicente Caravantes, doctor en Jurisprudencia.

Un volumen en 4.º menor, de 663 páginas, edición de 1870, vale..... **Rs. 22**

**Aventuras de tres voluntarios**, por don José Alvarez y Perez.—Novela original española, que está llamando poderosamente la atención pública en Madrid, porque se refiere á la insurrección de Cuba, y pinta con vivos colores y grandísimo acierto, no sólo las costumbres y el estado de esta Isla, sino también el carácter y condición de la actual insurrección. Su autor, el señor Alvarez Perez, que ha pasado muchos años en esta Antilla, es ya conocido muy ventajosamente del público por el libro *Las Cacerías de Marruecos*, que publicó hace algún tiempo la *Biblioteca de Instrucción y Recreo*, la misma que dá á luz el presente libro, recibido por el último vapor correo de la Península.

Un volumen en 8.º, de 280 páginas, impreso con el mayor esmero..... **Rs. 6**

**Paris en llamas.**—Biografías de los miembros de la *Comuna*, con diez retratos litografiados, de perfecto parecido, y lista de los muertos y fusilados, con la de los edificios incendiados.—“No vamos á juzgar á los hombres, dice el autor de este folleto, vamos únicamente á darlos á conocer, para que se les juzgue por sus hechos. Creemos que en él pueden satisfacerse todas las curiosidades que inspiran los sucesos de París: curiosidad de los ojos, curiosidad del entendimiento, así en los retratos de perfecto parecido, de los miembros de la *Comuna*, como en las noticias biográficas, exactísimas todas.”

Un cuaderno de 16 páginas en 4.º, con una lámina de los retratos..... **Rs. 3**

**Escenas de la vida de Bohemia.**—Novela escrita en francés por Enri Murger, y traducida por don José de Palma y Rico.—No es este un libro puramente fantástico. Murger, su autor, distinguido publicista francés, pinta en la obra que se anuncia, uno de los cuadros más dignos de estudio que hay en la sociedad parisiense. Allí, en la capital de Francia, se llaman *bohémios* á los hombres que en España conocemos con el nombre de calaveras, troneras ó hijos pródigos. No tienen sobre qué caerse muertos, pero ellos se las arreglan perfecta y alegremente, sin entrar nunca en la categoría de petardistas ó perdidos. Entre el *bohémio* y el hombre *sinvelguenza*, hay la misma diferencia que entre el gracioso y el payaso. Tal es el tema de las *Escenas de Bohemia*, libro verdaderamente original y extraño, de tan bello y sencillo desenlace, que del conjunto resulta la novela más amena, más agradable y más amorosa de cuantas se han escrito en el presente siglo de la fantasía.

Un tomo en 8.º, de más de 250 páginas, edición de 71. **Rs. 6**

Establecimiento tipográfico de “La Propaganda Literaria.”  
CALLE DE O'REILLY, NUM. 54.